

# 54 POETAS QUE CORRIERON LA MARATÓN DE CHICAGO

Jesús Urceloy



ARS  POETICA



54 POETAS  
QUE CORRIERON LA  
MARATÓN DE CHICAGO



54 POETAS  
QUE CORRIERON LA  
MARATÓN DE CHICAGO



ARS POÉTICA



# 54 POETAS QUE CORRIERON LA MARATÓN DE CHICAGO

Antología de alumnos y amigos de los  
talleres de Poesía de Jesús Urceloy

Curso 2017 / 2018

colección

| SOLA NOCTE |



*54 poetas que corrieron la maratón de Chicago*  
Jesús Urceloy

Colección: SOLA NOCTE

Dirección editorial: Ilia Galán

Director de colección: Jesús Urceloy

Fotografía página 5: Sebastián Fiorilli

© 2018 Jesús Urceloy  
© 2018 De los poemas, sus autores  
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editorial]  
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. Administración: (+34) 985 792 892  
Tel. Pedidos: (+34) 984 701 911  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: noviembre, 2018

ISBN: 978-84-17691-09-7

Depósito Legal: AS 02258-2018

Impreso en España

Impreso por Quares

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

«Quien corre, lee más.»

AULO PERSIO FLACO



## MARATÓN

Allá fueron los valientes  
los más aguerridos poetas que generación alguna vio correr  
[jamás  
en la brevísima historia de los hombres.  
a Chicago.  
aquél lugar donde la gaviota no rebasa en su vuelo  
la altura de los grandes edificios con ventanas de cadmio y  
[cristal  
la ciudad frigia  
la considerada por todos los atletas por sus anchas y  
[profundas calles  
la temida por el FBI y el Consorcio de Transportistas del Este  
allá fueron  
disciplinados, tercos, felices,  
con las cantimploras llenas del agua que revitaliza al sediento  
y aparta al mediocre  
y confunde a toda sociedad cervantina.

¿Quién los llevo? ¿Con qué voz grave?  
¿Quién les sacó de sus casas,  
les apartó de sus seres queridos,  
les condujo hasta aquel participio para el futuro?  
No se sabe  
quizá la realidad y el recreo  
la bicicleta del cambista  
la niebla repetida hasta el número 91.

Allá fueron  
a Chicago

y se apostaron en la línea de salida  
esperando que el tipo con pijama a rayas rojas  
y sombrero de arlequín  
el sembrador de estrellas,  
el gran mascador de chicle con barba de chivo  
bajase la bandera y diese la orden de adelante.

Allá fueron  
Silvia, Rosaura y Pam  
cogieron la pancarta que realzaba su lucha por un extremo y  
la elevaron entre sus musculados brazos por un lado de la  
Gran Avenida Tennyson,

por el otro extremo  
María Luisa, Maya y Natalia  
con el fervoroso grito que levanta a los agotados por el trabajo  
y encumbran el orgullo de toda dignidad, alzaron también  
ese paño indestructible

quizá  
Adela, Carlos y Cristina  
enfilaran ya la calle Whitman tras los nueve primeros  
kilómetros enfundados en el calor de ritmos tribales,  
sed de secuoyas, joyas para la primavera

quizá  
Eva, Inma y José Luis  
hacia el kilómetro diecisiete cantasen a capela las palabras  
del Bardo en Cymbeline Square, donde el petirrojo y el león  
hablan de geometrías

nadie lo sabe

sólo el sudor de Juliana, Lucrecia y Luyfer escribía en los terribles adoquines que anclan la cuesta de Lee Masters toda desolación y toda maestría,

nadie lo sabe, no,  
salvo los ojos diminutos de la estatua yacente de Longfellow  
donde levantaron las tres Marías restantes de la pica del  
cansancio el árbol de la creación

la tarde iba pasando  
alguien hacia el kilómetro veintisiete creyó ver las  
siluetas de Marta, Jorge y Paloma donde el cuervo  
graznaba, donde el ave nocturna tomaba sentido, donde  
los objetos puntiagudos sirven para arrinconar los sueños

la tarde con su dolor de agua  
iba entrando en los dorsales de Begoña, Cecilia y Miguel  
Ángel mientras enfilaran la gran Autopista del Este hacia  
la calle Poe, con la melancolía y sólo la melancolía como  
palabra dichosa

junto al callejón de Dickens  
Luis, Javier y Víctor  
con el denuedo de una caricia besaron a tres musas  
entre las sombras

bajo el negro pasadizo de e e cummings  
Álvaro, Ángel y Daniel descorcharon varias botellas de  
agua de Valencia dispuestos a una pequeña rendición  
sin importancia

y en el atajo de Cohen

que no figura en los mapas salvo para los iniciados en los procesos del oxímoron y los trucos del tropo las dos Marisoles y las dos Pilares se descalzaron saltaron en la hierba húmeda bebieron de los azumbres del vino

Iván y Jelen, Laya y Lola  
sembraban el kilómetro treinta y uno de chinchatas de goma y clavitos de San Lucas, para que el azúcar molido de las niñas huérfanas no pudiera contenerse en el escombro de las sacristías

Consuelo y Cris, Eva y Carmen  
arrancaban con amor las grandes juntas de hierro forjado que unen las dos orillas del Gran Río por el puente Dickinson, que, reblandecidas tras los aientos del verano acababan flotando como versos heptasílabos hacia no se sabe dónde

Ana y Gabi  
desde el final de la avenida Auden vieron al fin la embocadura del kilómetro 42, donde los ciervos retozan bajo el pino y la soledad se extingue en la palabra ternura

no todos llegaron

algunos, como Álvaro, Juanma y Rafael no pudieron seguir tras escuchar los berridos del loco Bukowsky, que enfundado en una bandera irlandesa, invitaba a bourbon de naranjas y cazoletas de tabaco de la nueva Virginia

no

no todos llegaron

en la vieja taberna del loco Joyce creyeron ver, llenos de espuma de cerveza negra, revolcarse entre serrín y canciones de Burgess a Antonio, a David y a Sebastián

no todos

en el jardín cerrado de la vieja casa comunal de Frogg y Emerson, donde se enterraban junto a los cadáveres enormes botellas de grog y vino rojo de Amberes, Polo, Foronda y Pedro cavaban en la tierra fervorosos y febriles

y dónde estaba Urceloy  
el de la enorme sonrisa  
el del sombrero de nubes  
el gran intérprete de las pianolas de Joplin  
allí lejos  
con un par de prismáticos  
mirando  
sentado en su viejo sofá de mimbre  
aún en la línea de salida.

